



La mujer que se rebeló a José Toribio Merino

## La hija del Almirante

A veintisiete días de que se cumplan 30 años del golpe militar, Carolina habla por primera vez. La hija más crítica del Almirante Merino cuenta por qué nunca creyó las verdades que le decía su padre y sus razones para mantenerse en la sombra durante 49 años. Aquí va la historia de una mujer y sus dos nombres: Carolina Lorca, poeta y Carolina Merino, la hija de uno de los padres de la dictadura.



por PABLO BASADRE G.

**C**arolina Merino nunca se llevó bien con su padre, el fallecido almirante José Toribio Merino.

Los ritos de la familia naval, de misa dominical y señoras bien, no calzaban con sus valores.

Ella era una mujer de dudas.

«Por qué me tengo que pintar, por qué tengo que ponermelo bonita para otros, por qué tengo que pololear, por qué tengo que reproducirme. Por qué... ¡ah! porque todo el mundo lo ha hecho durante cinco millones de años... Tal vez sea la hora de que alguien se preguntara por qué se interrogaba a sí misma.

Hoy Carolina tiene 49 años y vive sola en Quilpué. Tiene los ojos y la nariz de su padre. También su frialdad. Hablaban durante casi dos horas y nunca cambiaba el gesto de su cara, como si la historia que estaba relutando no le produjera ningún sentimiento. Como si su pasado fuera un libro que ella saca y vuelve a colocar en una repisa.

A los 17 años, comenzó a frecuentar cafés viliamarinos en busca de poesía. Así se hizo amiga del poeta Juan Luis Martínez y se involucró con todo un mundo literario que se acercaba mucho más a la izquierda que a esa derecha dura que su padre representaba. Era los 70 y como segundo hombre de la Armada, el almirante Merino se había hecho conocido como uno de los opositores más firmes del gobierno de la Unidad Popular. «A Allende lo voy a sacar yo», declaraba por esos años a El Mercurio.

El golpe de Estado, donde su padre tuvo un rol clave, significó en su vida un quiebre total. Por entonces bondieba los 20 años y había entrado a estudiar Filosofía.

«La desaparición de una sociedad socialista y la violencia insuperable con que se dio el golpe,

me obligaron a replantearme todo. Yo había entrado a estudiar Filosofía porque tenía un sentido en relación a esa sociedad-recreo.

A diferencia de sus hermanos, Carolina nunca aceptó las verdades que le contaba el almirante. May por el contrario. Ella respetaba y admiraba todo lo que su padre odiaba. Pero las divergencias entre ambos jamás salieron de la intimidad familiar, hasta ahora.

En el oscuro escenario de la dictadura, Merino era un personaje temido e impredecible: desentado en sus «manías de Merino», pero tan duro y hábil políticamente que se transformó en el más cercano a Pinochet. En caso de que le pasara algo a este último, Merino era el llamado a reemplazarlo.

En 1975, Carolina se fue a vivir a España. Se negaba a explicar los motivos. Solo reconoce que no fue por su voluntad. De hecho, mientras estuvo allí, siempre le rondó la idea de volver a Chile. Tres años después, regresó. Pero el reencuentro fue duro. Más bien no existió. Los lazos con su familia estaban prácticamente rotos y ella necesitaba encontrar una forma de subsistencia.

«Estaba desesperada y no me quedó otra que publicar mi primer libro. Fue una bomba cuenta.

Era 1978. Carolina tenía 24 años y en forma clandestina editó «Declaración Pontificia y otros poemas».

A los tres de su aparición, Jaime Quezada -por gestión del poeta Juan Luis Martínez- escribió una pequeña reseña en la revista Ercilla. Pero su comentario no tuvo un recibimiento auspicioso. A los pocos días de aparecida la crítica, la revista Ercilla sufrió un atentado.

«Le pusieron una bomba, eso fue lo que supe», recuerda Carolina.

En esos tiempos, las relaciones

al interior de la Junta Militar no citaban en su buen momento. Carolina tiene recuerdos frescos de la tensión que se vivió en aquellos días.

Pinochet cedió al general Gustavo Leigh cuando se le ocurrió decir que ya era tiempo de que volviéramos a la democracia. Ese fue un momento en que entraron a un piso de que se produjera un enfrentamiento entre la Marina y la Armada, por una parte, y el Ejército, por otra. De hecho, ya por esos días me encontraba en Vita y le dirosa de finazo a todo el personal de la Marina para evitar cualquier esta-cococosa.

Así, en esos inquietantes días, la hija del almirante se daba a conocer como poeta.

Luego Carolina regresó a España. Hasta que en 1983 volvió a Chile. Había pasado alrededor de cuatro años en el extranjero, por lo que llegó decidida a reconciliarse con su familia. Parecía un buen momento. Su hermana mayor estaba embarazada y Carolina pensó que la mejor manera de estrechar los lazos era transformarse en la madrina del niño que iba a nacer.

«Yo venía más madura y absolutamente resuelta a que no me convirtieran en un 'perra rabiosa'. Intenté por primera vez un acercamiento con mi familia, pero mi hermana se negó y no puedes obligar a nadie a que te mire o te quiera», recuerda.

Todos sus intentos fueron inútiles. Los Merino Rieffers estaban demasiado lejos de lo que ella buscaba para su vida. Su padre se había transformado en el guardián del conservadurismo dentro de la Junta de Gobierno, promoviendo leyes como el fin del aborto terapéutico en Chile. Carolina se resistió a repetir el modelo enseñado a sus hermanas. Se negó a formar una familia y

questionamientos como el por qué tengo que pololear o reproducirme, los mantiene hasta hoy.

«Pero bueno! Qué mujer con dos dedos de frente está dispuesta a firmar un papel, un documento legal que la deja en la grotesca condición de menor de edad, ¡para siempre! Es una situación en que no puedo disponer de sus bienes materiales, no puede ir a ninguna parte sin previo consentimiento, firmado ante notario, del marido!!! POR FAVOR!!!», exclama.

Hay un tema en el que Carolina se resiste a ceder: la relación con su madre, Margarita Rieffers de Merino.

«Personalmente reconozco como madre a la maternal» desliza, breve y definitivamente.

### «Morrónos Chile»

El 30 de agosto de 1996 es una fecha que Carolina jamás olvidará. Ese día murió su padre y todo lo que ella conservaba de él. Su apellido Merino desapareció.

«A mi padre lo quise mucho. No fue un mal padre, hizo lo que pudo. Para mí fue dolorosa su muerte, pero ahí se acabó la historia. La relación con mi familia se terminó y quedó sola en el mundo. En ese sentido, su muerte fue doblemente dolorosa», cuenta.

Con la muerte del almirante, Carolina cerró una etapa en su vida. Pero abrió otra puerta: la de la poesía.

«Siempre fue muy duro ser considerada única y exclusivamente como «hija de». Pero por otra parte, no podía escapar de este extraño destino de haber nacido de tales padres, en tal familia concreta, en este «morrónos Chile» como decía Enrique Lihn. Esa ambigüedad, propia de la poesía, atraviesa mi existencia en la forma de llegar a ser dos nombres:

## La hija del almirante [artículo] Pablo Basadre G.

Libros y documentos

AUTORÍA

Basadre G., Pablo

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2003

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

La hija del almirante [artículo] Pablo Basadre G. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile